

rante los nueve meses en que la Inmaculada estuvo en el claustro maternal. Permitiéndolo Dios, para que la virtud y el mérito de Sta. Ana fueran brillantes, el demonio no cesó de intentar el trastorno de la dicha inesplicable, que la afortunada madre de Maria saboreaba en aquel tiempo de union celestial.

Nunca pudo saber el demonio como se habia operado la purísima Concepcion de Maria; pero sospechando por la santidad de Ana, que en aquel claustro maternal podia ocultarse algo de grande y misterioso, maquinó derribar la casa donde moraban los santos esposos; no pudiendo conseguir que con el susto consiguiente abortara Sta. Ana, concitó á unas mugercillas de la vecindad, que de obra y de palabra hicieran escarnio de su santísimo embarazo; mas ella paciente, con señaladas muestras de benevolencia las redujo á mejor vida. No bien hubo calmado esta tempestad, cuando se levantó otra de mas terrible: la iserviente de los Santos Esposos, como enemigo doméstico, se irguió como maléfica serpiente contra la laudable conducta de Joaquin y Ana, á la que afeó por modo diabólico hasta la bajeza mas denigrante. Santa Ana siempre humilde y orando, dejaba pasar tranquila lá corriente de aguás turbias que amenazaban ahogarla.

Transcurria el tiempo de la formacion del cuerpo inmaculado de Maria, y el vientre de Sta. Ana era un cielo, donde no faltaba la continúa guardia de honor de los ángeles, y la asistencia de la Sma. Trinidad. La niña escogida desde la Eternidad para formar las delicias del Paraiso, y ser el mas conspicuo medio de nuestra salvacion, eleccionado por Dios antes que existieran ángeles y hombres, se declaraba existente. Luego de unidos alma y cuerpo, María ya en perfectísimo uso de razon, se ocu-